



LA ESCRITURA ENTRE EL COMPROMISO Y EL RIESGO

Debo decir que sólo el inmenso cariño que siento por La Laguna, en la que he vivido momentos importantes de mi vida, por esta isla y, de forma muy especial por algunos de sus habitantes, y la posibilidad de poder hablar en el Ateneo de La Laguna, en esta institución emblemática de la vieja y húmeda ciudad han estimulado lo suficiente mi vanidad y mis emociones como para atreverme a compartir con vosotros algunas reflexiones.

En efecto, esto último expresa mi única pretensión. Si pueden tener algún valor las observaciones que me propongo hacer es el de haber nacido no de la erudición, que no desdeño, pero que no poseo lamentablemente, sino de la reflexión preocupada y constante a la que me obliga la que considero una noble actividad -por más que este vocabulario resulte inusual para referirse la tarea docente en los tiempos que corren-, que yo he elegido como profesión, enseñar literatura.

Esa tarea, a la que ya he dedicado muchos años de mi vida, conduce inexorablemente a formular preguntas a las que encontramos provisionales respuestas que abren otros o parecidos interrogantes: qué es lo que identifica el discurso literario, qué función ha desempeñado en el pasado, qué sentido tiene dar a conocer esta función en el presente, qué papel le asignaremos en el incierto futuro, ... Y aún otras, que producen no menos perplejidad, sobre la condición humana y su -nuestra- permanente e insensata necesidad de comprender y hacernos comprender por los otros, o de

perseguir la felicidad y la belleza, corriendo siempre el riesgo de la incompreensión, de la soledad y de la muerte.

Tanto o más necesario que hallar respuestas se hace encontrar la manera correcta de formular las preguntas en ciertos momentos de la historia, éste parece ser uno de ellos. Lo propician los finales de siglo y mucho más el fin del milenio. En efecto, la sensación de desorientación es en nuestra década dominante en el orden político -si nos referimos a los valores, naturalmente, y no a los intereses individuales e inmediatos-, en el orden moral y también en el artístico y literario. Es inevitable la sensación de *final* a las puertas de un cambio de milenio, sin embargo, no debemos olvidar que el concepto de época es -en todo caso- una necesidad intelectual como consecuencia de otra necesidad profundamente humana la de hallar "Fines y Principios inteligibles".

Frank Kermode en su libro *El sentido de un final*, publicado ya hace años pero muy oportuno para estas reflexiones finiseculares, habla de la razón que nos impele a llegar a acuerdos sobre los orígenes y los finales: "El vértigo que produce la conciencia de que los hombres, como los poetas, nos lanzamos a la existencia *in medias res*, cuando nacemos, y de que nos vamos, cuando morimos, *in mediis rebus*". Ello nos permite dar sentido a la vida y a la literatura como expresión de ésta y ésta sería, en opinión del autor, la justificación última de la necesidad del ser humano de inventar ficciones y, por consiguiente, de la existencia de la literatura.



Hemos de volver sobre este asunto. A decir del autor "El Fin que imaginamos los hombres," tal vez también los Principios -añado yo- "reflejan sus irreductibles *preocupaciones intermedias*". Esta idea nos llevaría necesariamente a otra de los vértices de estas reflexiones: la utopía. Me referiré a ella y a su relación con la literatura desde dos puntos de vista: aquellas obras que son expresión de modelos cerrados y a la ficción como utopía en sí misma.

Desde Hesíodo y Platón encontramos ejemplos de las primeras. Me ha parecido interesante recoger cómo nos explica Bowra el mito de la Edad de Oro del primero por la actualidad del análisis hecho por el autor en el siglo VIII antes de J.: "Para él la condición de la humanidad ha ido empeorando progresivamente. Comenzó con una Edad de Oro en la que los hombres vivían en paz y gozosos y morían cual si les dominase el sueño; siguió una Edad de Plata, en la que pasaban sus vidas en una niñez de un centenar de años, pero no se ocuparon de los dioses; y así la humanidad pasó a una Edad del Bronce que desarrolló la afición a la violencia y a la guerra para caer en a peor de todas, en una Edad de Hierro, la del poeta, en la que los hijos desprecian a los padres y nadie repara en lo bueno o lo malo, ni tiene pundonor o siente justa indignación."

Las utopías como "proyectos ideales de sociedades en las que el hombre sería feliz individual y colectivamente" han estado presentes en la literatura occidental desde sus orígenes, siendo *Utopía* de Tomás Moro, escrita en latín y publicada por primera vez en 1515 la que además de aportar el nombre refleja de manera más completa en modelo literario. Utopía es el no-lugar (o u-t o p o s) pero también el buen-lugar, el lugar-deseado (e u-t o p o s). En este sentido, se trata de una ficción espacio-temporal modélica, muy en consonancia con el pensamiento renacentista, que servirá de inspiración a otras posteriores. Todas tienen en común una concepción cíclica del tiempo -el hombre recupera inocencias perdidas, paraísos perdidos- así como una tendencia idílica y bucólica propia de sociedades rurales. Muchos otros modelos, no tan completos y globales, han reproducido después hipótesis semejantes.

En todos estos casos, salvando la distancia histórica, hay elementos comunes, son modelos de convivencia, paz, armo-

nía con la naturaleza, en los que el comportamiento ético, individual y colectivo, se basa en ideales de libertad, respeto, justicia e igualitarismo. Como en las historias de amor o en cualquier otra el tiempo de la ficción se distancia del tiempo histórico poniendo en algún lugar el fin; tal vez por eso nos vemos obligados a reinventar continuamente otras ficciones

¿Acaso supone una ruptura con la poesía de la experiencia la evolución de ésta hacia el poema meditativo y el realismo sucio?

y otros modelos. Sin embargo, no olvidemos lo dicho más arriba, si los principios y los finales nos explican nuestras preocupaciones intermedias, no cabe duda de que estas ficciones son expresión de deseos, aspiraciones y tendencias de la humanidad en nuestra cultura occidental.

Las cosas cambian si buscamos modelos literarios desde la revolución industrial y muy especialmente desde finales del siglo XIX. Tal vez el marxismo y el comunismo vinieron a ser la *última* expresión de estos modelos, pero esta vez la revolución rusa hizo fundirse con urgencia el tiempo histórico y el tiempo de la ficción. Este final de siglo nos está enseñando de nuevo que el final, la llegada definitiva no existe, tampoco para el capitalismo -no deberíamos olvidarlo-, que este viaje

lo es efectivamente a ninguna parte, y que los finales pertenecen al mundo de la ficción. Lo que no parece que hayamos aprendido todavía es que hemos de seguir reinventando y que sólo lo haremos desde lo que verdaderamente es motor del hombre en su historia y en la ficción: aquello que habíamos llamado nuestras preocupaciones *intermedias*.

Como decíamos antes, la expresión de modelos ha pasado de las utopías reparadoras y recuperadoras, a las antiutopías catastrofistas, *El mundo feliz* de Huxley, *1984* de Orwell o *Blade Runner* nos ejemplifican la diferencia: se proyectan hacia el futuro, son, por tanto, proféticas y catastrofistas, anunciadoras de los desastres a los que podrían conducirnos los avances tecnológicos y la sociedad de masas, tienen una estructura temporal rectilínea, por consiguiente abierta, y tienen lugar en la ciudad, reflejan una cultura y una sociedad urbana. Como veremos más adelante éstas serán algunas de las señas de identidad de nuestra literatura actual.

No es éste, sin embargo, el aspecto que más nos interesa aquí, aunque habremos de volver a algunos de los asuntos hasta ahora expuestos, en cuanto a la literatura como vehículo o expresión de modelos utópicos. Analicemos el sentido de la literatura, la ficción -y deseo aclarar que cuando uso la palabra no me refiero a la narrativa, a la novela, sino a su sentido más primigenio, tal y como eran llamados en la antigüedad poetas Homero, Teognis o Sófocles-, como *utopía en sí misma* en tanto que deseo del ser humano de acotar el devenir constante de su existencia en secuencias espacio-temporales con algún sentido, con principio y final, poniendo un cierto orden allí donde intuimos la permanente e inexorable percepción del caos; y como aspiración constante del ser humano de perseguir la belleza, es decir como una de las expresiones de lo que podríamos llamar la *utopía estética*, lo que con más o menos polémica llamamos arte. La belleza como fuente de placer y de inmortalidad.

Desde sus expresiones más sublimes, como una forma de emular a los dioses y de llegar a reconocer una suerte de armonía universal por parte de aquéllos capaces de alcanzar lo sublime, tal y como sucede en el Renacimiento con la recuperación del platonismo, hasta las no menos legítimas en las que la literatura cumple una función que podríamos llamar *con-*



soladora, la contemplación y la creación de lo bello es placentera y gozosa y el placer nos hace más felices y, tal vez, mejores.

Pero no debemos olvidar que la obra literaria tal y como la concebimos no alcanza sólo su sentido en el mundo de lo doméstico o privado -las madres o los padres contando un hermoso relato a sus hijos antes de dormir o una doncella cantando una pícaro canción tradicional, mientras hace labores en el campo, cumplen también esta función- sino que se trata de una *manifestación pública* y colectiva. Una legítima impudicia y un ancestral deseo de sobrevivirnos, de alcanzar la inmortalidad o al menos la fama, se encuentran de manera constante en el escritor; nos lo decía el noble Manrique:

*Aunque esta vida de honor
tampoco no es eternal
ni verdadera,
mas con todo es muy mejor
que la otra temporal
perecedera.*

Desde el pecadillo de vanidad de Berceo, que probablemente orgulloso de sus resultados firma allí donde no debería haber firmado, hasta el atrevimiento mayor que en la era Gutenberg significó hacer llegar a muchos miles -hoy pueden ser millones de individuos- nuestros anhelos, nuestras ideas y hasta nuestras miserias. La vanidad, impudicia, incluso, soberbia del escritor ha tenido y tiene una justificación: la necesidad de entenderse y entendernos, de aportar sus descubrimientos o sus desgarros para contribuir a reinventar cada vez la utopía de la ficción, de expresar y comprender nuestras *preocupaciones intermedias* para que desde el análisis y el conocimiento podamos *recorrer mejor el camino*.

En definitiva, la legitimidad que debe nacer de un *compromiso* ético y estético del escritor con aquéllos a quienes se dirige, con sus hipotéticos lectores individual y colectivamente considerados, es decir, honestidad de sus intereses y de sus aspiraciones. No queremos decir que siempre se consiga, en ello intervienen demasiados factores, pero sí que siempre ha de perseguirse.

Indudablemente la expresión de este compromiso ha variado históricamente y, cuando nos referimos a él, solemos pensar en la literatura al servicio de una

idea, una forma de contribuir a una revolución, o a la literatura exegética de una ideología o de una situación política; pensamos, por ejemplo, en la novela de quiosco que tanto contribuyó a la difusión de las ideas anarquistas y socialistas, así como a la formación de la clase trabajadora en las primeras décadas de este siglo; o en la novela social de los años 50.

**Cada vez resuenan
menos voces en los
teatros antológicos
y es más potente el
coro de los
epígonos. Incluso los
propios antólogos
no parecen tomarse
en serio a los poetas
que antologan bajo
etiquetas que serían
graciosas si no
ocultaran una
crueldad sangrante
contra los poetas
mismos, contra los
lectores y contra la
poesía.**

Pensamos inevitablemente en Celaya afirmando que "La poesía es un arma cargada de futuro..."

Y, sin duda, la urgencia histórica puede y debe llevar al escritor, como al resto de los ciudadanos, a un compromiso activo e igualmente urgente, pero no es sólo a éste al que nos queremos referir, sino al que consideramos inherente a la obra escrita, tal y como lo definíamos antes. Cuando hay en ella honestidad ética y estética que hace que, pasada la urgencia del momento, podamos seguir encontrando hermosa e igualmente válida en el poema de Celaya la defensa del carácter transformador que puede tener la palabra y la injusticia subyacente en hurtar unos grupos, los privilegiados, a otros el placer de la belleza. Podrían ser palabras bastante

oportunas para reflexionar unos minutos sobre la televisión que se produce últimamente. Deberíamos, al menos, poder apreciarlo, aunque sepamos hoy que la revolución no se puede hacer con poemas, es más, hayamos dado en asegurar con mucha convicción que la revolución no puede hacerse.

Pero no hablamos sólo de este compromiso, sino de ese otro al que nos referíamos, el que otorga legitimidad a la tarea del escritor y a su obra y que podemos descubrir de verdad cuando aparece el *riesgo*. Creo que en esta palabra encontramos su verdadero significado. Hay ya valor en el hecho de atreverse a escribir y a ser leído, de ahí mi respeto por cualquiera que es capaz de hacerlo, pero no es suficiente para aquél que se llama escritor ni para lo que solemos llamar literatura. Echamos de menos riesgo ético y estético en la literatura actual; como en otras facetas de la vida intelectual y cultural, parece haber más miedo que compromiso.

¿Cuáles son los riesgos a los que puede enfrentarse el escritor? Indudablemente hay muchos y dependen de los momentos históricos; pueden ir desde ser silenciado o no comprendido, padecer el escarnio y la crítica malintencionada, hasta perder la hacienda, la libertad o la vida, si corren malos vientos. En nuestra sociedad occidental no resultan ser muy graves estos riesgos y, por tanto, resultan más mezquinos los temores. No queremos decir que tengan que ser héroes, pero de algún modo hay que llamar a un monje carmelita que en tiempos de Trento escribe:

*Gocémonos, Amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte o al collado,
do mana el agua pura;
entremos más adentro en la espesura.*

*Y luego a las subidas
cavernas de la piedra nos yremos,
que están bien escondidas;
y allí nos entraremos,
y el mosto de granadas gustaremos.*

*Allí me mostrarías
aquello que mi alma pretendía;
y luego me darías
allí, tú, vida mía,
aquello que me diste el otro día.*



O bien no yendo tan lejos en el lenguaje del amor,
pero sí en el atrevimiento estético:

¡Ay!, ¿quién podrá sanarme?
Acaba de entregarte ya de vero
No quieras embiarme
de oy más mensajero,
que no saben decirme lo que quiero.

Y todos quantos vagan
de ti me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan,
y déjame muriendo un
no sé qué qué quedan balbuciendo.

Podríamos reflexionar también sobre los temores de Miguel de Cervantes ante la publicación del Quijote “con todos sus años a cuestas” por sacar a la luz ese hijo “seco, avellanado y antojadizo”, siendo como lo era buen conocedor del panorama literario de su época y de las aficiones literarias de sus contemporáneos. Podríamos seguir con el Góngora de las *Soledades* o con el teatro de Valle-Inclán.

El problema -se me podría decir- es que no todos los poetas son S. Juan de la Cruz, ni todos los novelistas pueden escribir *El Quijote*, aunque muchos venderían su alma por ello, y es cierto. No se trata de esto. Se trata de que otros intereses que no sean aquéllos que más arriba definíamos como legitimadores de la creación literaria, sean predominantes o los únicos que muevan al escritor. Nos parece legítimo que un escritor desee ganar dinero o, mucho más, tener éxito y ser reconocido y admirado por sus contemporáneos, no nos lo parece que estos intereses sean tan poderosos que entorpezcan y, en su caso anulen, los otros. Se trata, en definitiva, de que no se intente dar “gato por liebre”. Siempre han existido distintos intereses asociados a la literatura y ya hablábamos antes de las diferentes funciones que ha cumplido, no olvidamos que Baroja, Pardo Bazán o Unamuno publicaron en colecciones semanales, por ejemplo, pero autores y lectores debemos saber dónde estamos en cada momento.

Para sacar al respecto alguna conclusión, se hace necesario un paréntesis para reflexionar sobre nuestro mundo actual y, para ello, no he tenido más remedio que recordar un libro, ya clásico, pero cuya relectura me ha parecido muy oportuna en estos últimos años del siglo y del milenio. Me refiero a *Apocalípticos e integrados* de Umberto Eco.

La inminencia del fin de milenio, como ya sucediera antaño, acelera las visiones *apocalípticas*, a decir de Kermodé “Los Terrores y la Decadencia son dos de los elementos recurrentes en la estructura apocalíptica”. Ello tiene repercusiones en todos los órdenes de nuestra vida, pero no es éste el momento de hablar de la proliferación de las sectas, o de suicidios en masa de jóvenes. Nos pasamos la vida lamentándonos de los horrores que vivimos, de que las cosas que ya no son como debieran ser, etc.

Con seguridad hay mucha verdad en algunas de estas

observaciones, entre otras cosas porque con toda probabilidad serían ciertas para cualquier otro momento de eso que hemos dado en llamar “tiempo histórico” (recordemos la actualidad de la visión del mundo de Hesíodo que leíamos más arriba). Sin embargo, no debemos olvidar que ya dijimos que el concepto de época forma parte de lo que hemos denominado ficción, que no es otra cosa que una necesidad intelectual y que olvidarlo encierra un grave peligro. A este respecto dice Kermodé: “Si olvidamos que las ficciones son invenciones retrocedemos al mito.” y “no podemos hacer que el mundo se ajuste a ellas, ni tampoco someterlas a la prueba de la experiencia, por ejemplo, en las cámaras de gas.” No debemos olvidar tampoco que, cuando el noble Manrique se refería a que “cualquiera tiempo pasado fue mejor”, lo hacía en el contexto de una reflexión sobre el tiempo y la muerte, y no como un insolente comentario de hombre maduro con la “sana” intención de amargar un poco la existencia a los más jóvenes. Así es, cualquier tiempo pasado es mejor porque estamos más lejos de nuestra propia muerte y de la de los que nos rodean, por **nin-guna** otra razón.

Volviendo a Umberto Eco. El sentimiento finisecular favorece la reactivación del crítico, anunciador de las catástrofes asociadas a la cultura de masas: denostamos los medios de comunicación, la enseñanza obligatoria, la bajada del nivel, o el daño que hace a la lectura esta cultura de masas, expresión que para la formación de muchos no es otra cosa que un oxímoron. Hay una serie de rasgos comunes en estas actitudes:

- En primer lugar, una peligrosa, por acrítica, tendencia igualadora -el discurso es muy parecido entre los profesores, los fontaneros o los escritores y también es muy parecido si éstos son de izquierdas o de derechas.

- En segundo lugar, un tendencioso guiño que se esconde tras la aparente lucidez del análisis (yo pertenezco al grupo de los que *se dan cuenta* y este hecho me justifica y me coloca fuera de la masa). Tan divertido y paradójico como cuando nos lamentamos de la cantidad de gente que viaja y que impide nuestra solitaria contemplación de un monumento o de un amanecer, sin considerar que nosotros somos *gente* que no estaríamos allí sin la temida masificación.

- Por último, y más importante, la *esterilidad*, la *pasividad*, una potente parálisis que recorre la vida social y, lamentablemente, la literatura.

Ésta se vuelve sobre sí misma como lo demuestran, por ejemplo, algunas de las tendencias actuales que afectan sobre todo a la literatura europea: la vigencia de la novela histórica, la, llamémosle, moda de la intertextualidad, el culturalismo o el aparatoso éxito de novelas que reflejan conflictos individuales en los que cuesta encontrar algo más que los personales del autor (pensemos en el éxito de las novelas de J. Marías o de S Tamaro). Creo, en este sentido, que la literatura norteamericana tiene mayor frescura y una implicación más comprometida con la realidad.



En definitiva, el escritor *no se arriesga*, no se atreve, o no puede, atenazado por la confusión reinante, hablar de aquello que podría legitimar su discurso. Tampoco *se arriesga* estéticamente y le vemos “las enaguas”, se le ve el artificio y éste nada tiene de sublime y mucho de artefacto, aunque tengamos que reconocerle en ocasiones cierta belleza e ingenio. Las razones varían: compromisos con las editoriales, miedo a no vender lo suficiente, miedo a no ser entendido, miedo a no reconocerse si no es desde el pasado o miedo al compromiso que representaría implicarse con el presente y, desde éste, con el futuro. Tal vez el problema, utilizando a Eco es que la mayoría de nosotros, y los escritores también, hemos llegado a estos últimos años del siglo siendo *apocalípticos* en el discurso (denunciando los horrores de la sociedad de masas nos sentimos más reconfortados) e *integrados* en cuanto al bolsillo y a la forma de vida, con lo que hemos cerrado la puerta al compromiso y al riesgo.

¿Por qué no atreverse a indagar en la verdadera esencia del hombre-masa que somos y que antes no éramos? En vez de intentar una patética e imposible huida de esa masa que tanto nos asusta. O iniciar una reflexión sería sobre la cultura urbana, uno de los cambios más profundos en el mundo actual, que progresivamente va haciendo desaparecer una larga etapa de la historia de la humanidad. Nos limitamos a aceptar que lo urbano tiene que ver con los jóvenes, el rock y una basura literaria o cinematográfica de la que, por supuesto, nosotros no formamos parte desde nuestra condición de “superhombre apocalíptico” o, en su caso, a oponer una recuperación idílica desde microcosmos localistas o nacionalistas.

A propósito de los jóvenes, quisiera hacer una reflexión más detenida, profesión obliga. Se viene diciendo que actualmente no hay conflicto generacional como hace unas décadas, y efectivamente es cierto. El mercado y la sociedad de consumo se han ocupado de que las generaciones no discutan



sino que simplemente se ignoren, se distancien o, incluso, se desprecien. La literatura no es ajena a este imperativo económico y, amen de proliferar como las setas las llamadas colecciones de literatura juvenil(!), resulta muy difícil encontrar obras que no presupongan desde su redacción un lector/a predeterminado, de edad madura, autocontemplativo y capaz de gastar algún dinero en libros. Esta vez son las leyes del mercado las encargadas de pervertir la legitimidad de la ficción. Me perdonaréis una anécdota de profesor: un alumno mío hace unos años, con sobrecogedora lucidez, y ante mi anuncio a comienzos de curso de las lecturas obligatorias que tenían que hacer, me preguntó "...pero, profesora, ¿qué vamos a leer, literatura o libros?"

Esta falta de comunicación entre el mundo de los jóvenes y de los adultos, además de extremadamente peligrosa por impedir el mutuo aprendizaje y, por ello, hacer más cercano el peligro de repetir sangrientos errores del pasado, nos está impidiendo comprender algunas de los fenómenos que están ocurriendo. Me interesa, por ejemplo, el que representa el consumo masivo por parte de las nuevas generaciones de una nueva poesía popular asociada, como siempre lo estubo, a la música donde verdaderamente ven reflejados sus miedos, sus angustias y sus deseos. Jorge Gálvez, un estudiante de Secundaria verdadero especialista en el tema, ha tenido la amabilidad de buscar para mí, para vosotros, estos versos:

"Hay martillazos de fuego
contra el cristal del silencio."

(*Los Suaves*)

"Los largos dedos del sol
apartan el manto de seda."

(*Los Suaves*)

"No dura un huracán toda
la mañana."

(*Ángeles del Infierno*)

"Los profetas están mudos."

(*Ángeles del Infierno*)

"Estoy pariendo
música y dolor."

(*Saratoga*)

"Escucho los pasos de
las nubes por el cielo."

(*Los Suaves*)

"Me está quemando el hielo,
me está mordiendo Dios,
me están violando las hormigas."

(*Saratoga*)

"Yo vivo al borde de un sueño,
al borde del sueño
del río del olvido."

(*Los Suaves*)

No pretendo hacer de ellos un comentario de texto, simplemente intento que nos demos cuenta de que la expresión de muchos jóvenes y su percepción del mundo no llega por la televisión, como tópicamente no paramos de repetir -en la mayor parte de los casos ven mucha más televisión los padres que los hijos adolescentes- pero sí oyen música constantemente. Si miráramos sin desprecio hacia ellos de vez en cuando, tal vez nos encontraríamos con alguna imagen hermosa, alguna sinestesia interesante y, sobre todo con los sentimientos de jóvenes también apocalípticos e integrados que no pueden imaginar retornos a ninguna Edad de Oro, porque desconocen su existencia, y carecen del consuelo del recuerdo porque aún no tienen pasado.

Terminaré haciendo una llamada al compromiso, no sólo de los escritores, de los intelectuales, de los profesores, arriesgándonos a decir que no existe la literatura con destinatario fijo, que no es posible escribir por contrato porque a veces el escritor necesita el silencio, aunque se arriesgue al olvido. O intentando encontrar el punto de encuentro entre la vieja literatura y los nuevos soportes para la palabra. Porque creo, con García Márquez en su reciente, polémico y arriesgado discurso pronunciado en el "Primer Congreso Internacional sobre la Lengua Española", que no es la palabra la gran derrotada en nuestro mundo actual, sino que el gran derrotado es el silencio, y con él, la reflexión.

Francisco de
Quevedo precisamente en el prólogo de
una traducción de

Utopía de Tomás Moro dice "Quien dice que se ha de hacer lo que nadie hace, a todos reprende." Efectivamente quien a todos reprende, a todos irrita y corre el riesgo de la incompreensión y de la soledad, algo que acaba de pasarle al escritor colombiano, pero tal vez merece la pena correr el riesgo. No debemos olvidar que ser lúcidos, críticos y honestos, y conseguir que las nuevas generaciones lo sean, no consiste sólo en comprender las mentiras y las miserias del mundo que nos rodea y comentarlas con miradas cómplices y resignadas, sino que debe incluir la ilusión transformadora de seguir reinventando el mundo, de imaginar ficciones que nos hagan más placentero, más bello el camino y, si es posible, más justo. Ésta, entre otras, ha sido desde el origen de los tiempos noble misión de la literatura.